

rar exclusivamente la religiosa, porque son las únicas que la cuadran, atendido el estado de pobreza que voluntariamente profesa. Una religiosa afeminada, una religiosa amiga de comodidades y regalos, es un sarcasmo á los ojos del mundo y una carga insoportable para la Religión, la cual está basada en la mortificación y sostenida por el espíritu de sacrificio. En una palabra, la religiosa, una vez hecha la profesión, ningún derecho tiene á nada de lo que el mundo puede ofrecerla, porque á todo ha renunciado libremente, movida por esta sentencia de Cristo: *Quien no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.*

Ahora bien, hermanas mías: ¿qué nos dice la conciencia relativamente á cada uno de los puntos mencionados? ¿Hemos arrancado de nuestro corazón todas estas cosas exteriores en que viven engolfados los seculares y que tanto dificultan la salvación del alma? ¿Podemos afirmar que hemos muerto al mundo, y por lo mismo, que tenemos un enemigo menos con quien pelear? Porque, ¿quién pelea con un muerto? Entiéndase cada cual con Dios en la oración.

Pero estas cosas exteriores á que habéis renunciado, sólo constituyen una parte del todo á que se refiere la sentencia de Cristo, y á que debe renunciar la religiosa que aspira á la unión con Dios por amor. Por eso vamos á tratar ahora de la *renuncia de nosotros mismos* (1), que es la principal, la más difícil, la que logran muy pocos, y no obstante, es la virtud característica del religioso.

II

Por misericordia de Dios, todos nosotros aspiramos á la perfección de nuestro respectivo estado, porque éste es nues-

(1) Matth., XVI, 24; S. Gregor., Homil. 32, in Evang.; S. Hieron., lib. 3, in Matth., cap. 19.

tro deber y constante deseo; mas para lograr este bien imponderable, es necesario que Dios no halle obstáculo alguno en nuestro corazón y pueda obrar en nosotros con su gracia. Ahora bien: el mayor obstáculo para alcanzar la perfección, el mayor enemigo de Dios y de nuestra alma es, no lo dudéis, el amor propio, y entendemos por amor propio el que se tiene el hombre á sí mismo y á las demás cosas, no por Dios, como término final, sino por sí mismo como fin del amor; por eso se llama propio, porque termina en la misma persona. Este amor es perverso, porque pervierte el orden que Dios prescribió al hombre y á las criaturas, esto es, que todas tiendan y se dirijan á Él como último fin y que en Él terminen. Y no hay remedio, hermanas mías: con la gracia de Dios debemos empeñarnos en arrancar del corazón este amor propio que disputa á Dios el puesto de honor, ¿qué digo?, el derecho de propiedad que de justicia por tantos títulos le pertenece. Éste es el oficio del religioso, éste debe ser su más constante y fervoroso anhelo; pero desgraciadamente no se suele pensar en ello, y pasan los años y se acerca la muerte (1), y todos los días cometemos las mismas faltas, porque no acudimos á la raíz emponzoñada de todos los pecados, que es el amor propio, para desarraigarlo del corazón.

Dice á este propósito San Juan de la Cruz (2), que muchos religiosos se dan á la oración y mortificación exterior, se ejercitan de alguna manera en las virtudes y hasta se creen muertos al mundo, y quizá lo están; y como si lo tuvieran todo andado en el camino del espíritu, viven tranquilos y satisfechos en la Religión y muy pagados de su virtud; pero no tratan de morir espiritualmente á sí mismos,

(1) Job, XIV, 5; Eccli., XIV, 12; Habac., II, 3; Matth., XI, 3; Hebræ., X, 37.

(2) Subida al Monte, cap. 8.

que es lo que importa y lo que aconseja Jesucristo (1); no piensan siquiera en combatir al enemigo más formidable de su vocación y de su alma, porque si se les toca en lo vivo del amor propio, si se les contradice ó se les ofrece algún trabajo, alguna injuria, alguna prueba de las que Dios suele permitir para aquilatar su virtud, ponen el grito en las nubes y se desconciertan y se defienden como leones, alegando razones que ponen de manifiesto su sinrazón y su orgullo; todo ello para cubrir y conservar muy entero el idolillo del amor propio. ¿No es esto cierto, hermanas mías?... ¿Y no es también triste en sumo grado?... Y ¿así hemos de continuar?... Si hemos renunciado al siglo, familia, intereses, honra y provecho mundanos, ¿por qué no damos un paso más y renegamos de nosotros mismos, aborreciéndonos y odiándonos de muerte, como lo exige Jesucristo á quien quiera ser su discípulo? (2). Si el objeto del amor es el bien conocido y experimentado, como dice San Agustín (3), ¿qué bien conocido hay en nosotros para que nos amemos tan apasionadamente? ¿Nada nos dice la experiencia? ¿No estamos viendo y gustando cada día los amargos frutos del amor propio, esto es, las faltas de obediencia, de humildad, de modestia, de paciencia, de caridad y mortificación que estamos cometiendo á toda hora, las cuales, como agudas espinas, lastiman nuestro corazón quitándole la paz y el sosiego, que son el alimento del alma y el don más preciado de la vida religiosa?... ¿No hemos muerto al mundo para vivir aquí en la *paz de Dios* (4), y á su sombra y bajo su influencia ejercitarnos en todas las virtudes, especialmente en la humildad, hasta lograr la unión de nuestra voluntad con la divina?... Y ¿cómo ha de realizarse

(1) Marc., VIII, 34; Matth., XVI, 24; Luc., IX, 23; Joann., XII, 25.

(2) Matth., XVI, 24; Luc., IX, 23; Luc., XIV, 26.

(3) Lib. 83, quæst. 35.

(4) Sapient., III, 9; Philipp. IV, 7;

esta unión, si tenemos el corazón lleno de nosotros mismos? ¿Cómo ha de entrar el amor de Dios en un corazón ocupado por el amor propio, enemigo capital del amor divino?... ¡Ay de vosotros!—dijo Jesucristo á los fariseos y en ellos á todos los soberbios,—¡ay de vosotros los que andáis henchidos de vosotros mismos, porque padeceréis hambre! (1). Y esta hambre espiritual la padecen todos los amadores de sí mismos, porque Dios, así como se complace en *hablar con los humildes y sencillos* (2), niega á los soberbios sus gracias especiales, sus visitas y consuelos en la oración, que son un estímulo para la práctica de las virtudes; y por eso arrastran una vida lánguida y desdichada, una vida llena de inquietudes y remordimientos, con la cual ni dan contento al corazón, ni satisfacen á Dios, ni al mundo su enemigo.

Práctica. Yo os supongo á todas animadas de buenos deseos, que, si son eficaces, Dios bendice siempre (3); y por lo mismo voy á indicaros los medios ordinarios para lograr muy pronto, con la divina gracia, este desasimiento, esta renuncia total de nosotros mismos, que si bien es difícil, atendida nuestra flaqueza que ha de entrar en guerra consigo misma, no obstante, una vez obtenido y saboreado el primer triunfo, no cejaremos en la empresa, porque *Dios no abandona jamás á los que por Él pelean y en Él esperan* (4).

En primer lugar, la muerte del amor propio consiste en no atribuirnos cosa alguna buena y en morir á nosotros mismos en todo aquello á que vivimos aficionados y en que hallamos recreación y gusto, hasta que logremos conformar nuestra voluntad con la divina. *El grano de trigo no fructifica*

(1) Luc., VI, 25; I. Corinth., IV, 8; Psal. XXXIII, 11; Luc., I, 53.

(2) Psalm. CXVIII, 130; Prov., III, 32; Luc., X, 21.

(3) Psalm. IX, 17; Philipp., IV, 19; Dan., IX, 23.

(4) Psalm. CXXIV, 1; Jerem., XVII, 7.

si no se corrompe y muere (1); así el hombre no logra el fruto de la perfección si no muere á su propia voluntad, siguiendo la de Dios, como si jamás hubiese tenido voluntad propia. Ahora bien: esta renuncia ó negación de nosotros mismos se logra poco á poco, no haciendo nuestra voluntad, aun en cosas muy menudas, y aceptando y siguiendo con agrado el parecer de los demás; no hablando nunca de nosotros mismos, ni de nuestros talentos ó cualidades, ni mucho menos ponderando nuestras obras, trabajos ó fatigas, ni siquiera mostrándonos descontentos ó disgustados de nosotros mismos, porque ésta sería humildad de garabato. Si somos reprendidos ó corregidos, no mostremos resentimiento ni nos defendamos con altivez, antes bien recibamos la corrección con humildad y reconocimiento, y si por ventura entonces no somos culpables, otras veces lo habremos sido y no nos corrigieron. No juzguemos ni pensemos mal del prójimo, porque quizá delante de Dios, *que escudriña el corazón* (2), es un alma predestinada. Al contrario, miremos en todas nuestras hermanas la imagen de Dios (3) y procuremos tratar con dulzura á aquellas cuya compañía no nos es grata, mortificando de esta suerte nuestro amor propio. Creámonos dignos de desprecio; deseemos servir á los demás; hagámonos esclavos de todos por amor de Cristo y aun juzguémosnos indignos de ello. En fin, procuremos ejercitarnos en la humildad interior y exteriormente, y Jesús nos mirará con amor, porque es muy amigo de humildad, y en cada uno de estos actos de abnegación mereceremos más delante de Dios que en muchos años de ayunos y penitencias exteriores, por-

(1) Joann., XII, 24; I. Corinth., XV, 36.

(2) I. Paral., XXVIII, 9; I. Reg., XVI, 7; Psalm. VII, 10; Jerem., XI, 20; Rom., VIII, 27.

(3) Génes., I, 26; Sapient., II, 23; Eccli., XVII, 1; I. Corinth., XI, 7; Coloss., III, 10.

que en estos actos cabe la propia voluntad (1), mas no así en los de abnegación, su más cruel enemiga.

¡Cuán engañados andan muchos en este punto! ¡Cuántos se aman á sí mismos y dicen que aman á Dios! Decidme: ¿de qué nos servirá el tener grandes deseos y derramar muchas lágrimas en la oración, si luego hacemos muchos pecados en la conversación?, ¿si lloramos allí los dolores de nuestro Redentor Jesucristo, y luego procuramos darlos á nuestros prójimos?, ¿si contemplamos la paciencia y mansedumbre del Hijo de Dios, y después ejercitamos la impaciencia y la ira?... Callamos una hora y hablamos todo el día, y luego quedamos como antes; de suerte que nuestra santidad—llamémosla así—es como de molde, porque nunca crece ni progresa. Si así lo hacemos, andamos extraviados, y nunca haremos cosa de provecho en la Religión. Esto es andar á tientas y sin norte fijo por el camino de la santidad. Bueno es confesar y comulgar y hacer oración, pero estos ejercicios no son más que medios, ayudas de costa para alcanzar la virtud; son conductos por los cuales Dios nos comunica sus gracias para vencernos. La verdadera y sólida virtud está en la *negación de nosotros mismos*; está en la paciencia cuando somos atribulados ó perseguidos; está en la humildad cuando se nos calumnia ó reprende; está en el sacrificio cuando, repugnándolo la naturaleza, lo exige la gloria de Dios ó el bien del prójimo; está en la Cruz de Cristo, con la cual debemos vivir abrazados y en ella morir crucificados (2). No olvidemos nunca que, tratándose de virtud, lo que nada cuesta nada vale—por regla general,—porque la virtud está basada en el sacrificio. Para que Cristo entrase en su gloria, fué conveniente que padeciese dolorosísima pasión y muerte (3), y

(1) Isai., LVIII, 3.

(2) Rom., VI, 6; Galat., VI, 14.

(3) Marc., VIII, 31; Luc., XXIV, 26; I. Petr., II, 21.

para que nosotros logremos la unión de nuestra voluntad con la divina, no sólo es conveniente, sino necesario que padezcamos también dolorosísima pasión, arrancando, ó más bien, inutilizando una á una todas las raíces de propiedad espiritual que brotan de nuestro amor propio, y que muramos á nosotros mismos (1).

Preguntado el santo monje Arsenio qué camino había para el cielo breve y seguro, respondió: «Sé humilde, y don-»dequiera que te halles huye de ti mismo». Por cierto supo compendiar en ceñidas palabras todo lo que en esta materia se puede decir, porque en la humildad y en el huir de sí el hombre consiste la suma de la perfección; pues, como dice San Agustín, «cuanto más huye el hombre de sí, más se »acerca á Dios». Esto debemos pedir en la oración con todo el fervor de nuestro espíritu (2); ésta debe ser la materia obligada de nuestros propósitos y resoluciones, hasta que logremos someter la carne al espíritu; éste el fruto de nuestras confesiones y comuniones, de nuestros ayunos y penitencias, de nuestros pensamientos, afectos y deseos más ardientes.

A humillarnos, pues, hermanas mías, de pensamiento, palabra y obra; á vaciar el corazón de todo lo que podemos llamar nuestro, porque todo es malo, como hijo de la concupiscencia, cuyos frutos son de muerte (3); á aborrecernos cordialmente (4) huyendo de nosotros mismos en todos los actos y circunstancias de la vida, y entonces podremos decir con verdad: *Todo lo he renunciado por Cristo*. Y Dios, al ver nuestra constancia y buena voluntad, al contemplar enternecido nuestras luchas y esfuerzos por adquirir esta abnegación, que es don del cielo (5), no lo dudéis, nos la concede-

(1) Philipp., I, 29; I. Petr., IV, 1.

(2) Rom., XII, 11.

(3) Jacob., I, 15.

(4) Marc., VIII, 35; Joann. XII,

25.

(5) Jacob., I, 17.

rá con misericordia, y desde entonces viviremos unidos estrechamente con Él, hasta que, rasgado el velo de esta carne, logremos verlo cara á cara (1) y gozar de sus amores por toda la eternidad.

(1) I. Corinth., XIII, 12; II. Corinth., III, 18.

